

PENUMBRIA

21



En la tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás fábulas, insectos, tiburones. Expediciones celulares, prototipos y luchas virtuales. Mangos, cantares, arrebatos, traslados. Sangre, pasadizos y fuego. Hombres, cuervos, hambre. Libros perdidos, cantares y viajes en el tiempo.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-
NoComercial-SinDerivadas 3.0 No portada.

<https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/deed.es>

Torre de Johan Rudisbroeck

¡Estamos de regreso!

(Bien dicen que el asesino siempre regresa a la escena del crimen).

Después del número doble dedicado a Guillermo del Toro creí que ya nada me sorprendería. Oh, qué equivocado estaba. La convocatoria para este número que estás leyendo (el 21) rompió récord de participación: ¡60 cuentos!

Como pronto comprobarás, varios de ellos (provenientes de Argentina, España y México) pertenecen a la Ciencia Ficción, y otros tantos se valieron de la prosa poética para sorprenderte.

Así, en la tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás fábulas, insectos, tiburones. Expediciones celulares, prototipos y luchas virtuales. Mangos, cantares, arrebatos, traslados. Sangre, pasadizos y fuego. Hombres, cuervos, hambre. Libros perdidos, cantares y viajes en el tiempo.

Adelante.

Miguel Lupián

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO

El Mango

Miauricio Jiménez «Morocco»

¡Vayan por mangos, niñas!

Lucrecia, Gertrudis y Silvestre
fueron a recolectar mangos
a las 3 de la tarde...

La más hábil, Silvestre,
trepó al mango
y desde la copa arrojaba
frutos maduros
hasta que llenaron
las dos cestas que llevaban.

¡Bajate, Silvestre!
Le gritaban sus hermanas...
¡Ya bajate, Silvestre!
...y Silvestre no bajaba.
¡Ya son las 6, va a anochecer!
Y Silvestre se reía recargada en el árbol.
¡Mi mamá se va a enojar!
Y Silvestre no bajaba.
¡Van a venir los changos!

Desesperadas, le lanzaban piedras a su hermana...
 ¡Los ladrones no tienen piedad!
 ...y Silvestre les arrojaba mangos.
 ¡Ya bajate, Silvestre!
 Y Silvestre se reía recargada en el árbol.

Gertrudis cogió una piedra
 del tamaño de su puño
 y rodeó el mango
 para aventársela a Silvestre
 por la espalda:
 ¡ANAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH!
 —dejó caer la piedra al suelo—
 ¡No es Silvestre, no es Silvestre!
 Y las niñas corrieron y corrieron y dejaron los mangos y
 a Silvestre en el
 árbol y cuando llegaron a su casa se encontraron a Sil-
 vestre jugando
 con sus muñecas.
 ¡Silvestre!, ¿qué te pasó en el mango?
 Yo no fui con ustedes...

Gertrudis enmudeció por 4 meses
 y el día 127 le contó a su madre lo que vio
 y el día 128 la doña se murió...

Gertrudis nunca volvió a hablar con nadie,
 así fue como nunca nadie supo jamás
 que aquel día, en el mango,
 debajo de la falda
 de la que no era Silvestre
 se movía y se asomaba,
 se meneaba y se burlaba...

El devorador que vino del espacio

Adrián «Pok» Manero

*Dedicado a Stan, Jack y Steve, por haber creado
el mundo*

De las notas de Ben Urich, reportero del Daily Bugle:

Cuando hace algunos años Spider-Man irrumpió en una rueda de prensa y reveló su identidad secreta al mundo, nos tomó a todos por sorpresa. Mas desconcertante aun fue su aseveración de que ya antes lo había hecho, a pesar de que nadie lo recuerda. Empezamos a dudar de su cordura cuando compartió un intrincado relato sobre cómo le vendió su matrimonio al diablo, de modo que ya no fue tan sorpresivo el hecho de que pidiera ser internado de manera voluntaria en el Instituto Ravencroft, lo más cercano que tenemos a un Asilo Arkham en el mundo real.

Sus enemigos no desperdiciaron la oportunidad y en sólo unas semanas liquidaron cruelmente a la tía que le sobrevivía, así como a sus amigos, conocidos e incluso meros colegas de trabajo. Al llegar a sus oídos noticia de estos actos de venganza, no demostró la culpabilidad neurótica que acostumbraba manifestar. Al contrario, su semblante parecía reflejar una forma de tranquilidad, como si al morir sus seres queridos se librasen de un destino mil veces peor.

La siguiente en esta serie de sorpresas fue reservada para mí exclusivamente, al momento en que recibí comunica-

ción del Instituto en la cual se me informaba que Parker deseaba ser entrevistado por mí, revelando por fin la verdad tras su retiro temprano de entre las líneas de justicieros enmascarados que defienden nuestra ciudad y, si hemos de dar crédito a sus anécdotas, en más de una ocasión al planeta entero.

Ravencroft me recibió con la siniestra sobriedad acostumbrada, el frío metal de las rejas que resguardan su interior reflejaba la luz de la luna gibosa que domina el firmamento. El recepcionista nocturno me llevó ante el doctor Ashley Kafka, quien me indicó que el otrora enmascarado llevaba varios días manifestando inquietud, pero que solamente hasta ese día expresó deseos de hablar con alguien al respecto: conmigo. Me condujo a través del aséptico pasillo, recorriendo puertas inusualmente silenciosas hasta llegar a la celda del arácnido. Él se encontraba sentado a la mesa, viendo hacia el exterior por su ventana, absorto en la contemplación de los astros. La camisa de fuerza no parecía incomodarle, pero sus ojos delataban una angustia desmedida.

—Ben, gracias por venir —dijo. Una vez habiendo ocupado la silla frente a él, pude notar que su aspecto estaba bastante desmejorado. A pesar del relativamente poco tiempo que llevaba internado, los años ya habían dejado marcas indelebles en su semblante. Pero eran marcas distintas a las que se pueden ver en otros internos: estragos causados por un desasosiego que poco o nada tiene que ver con un desorden mental—. Pedí hablar contigo porque te conozco y, aunque seguramente no entenderás lo que voy a contarte y tal vez tampoco lo creerás, eres el único periodista realmente comprometido con la verdad. Sé que tu especialidad es derrocar imperios criminales, pero por favor escúchame —la desesperación en su rostro hizo que me compadeciera de mi antiguo colega del Bugle. Saqué mi graba-

dora de bolsillo, la activé, encendí un cigarrillo y le hice una seña para que comenzara su relato.— En ocasiones llegué a bromear sobre el porqué de mi retiro de la vida superheróica. No puedo evitarlo, es mi naturaleza. Dije que, entre tantos clones e imitadores míos por ahí, yo salía sobrando. Culpé a mi *doppelganger* demoniaco de otra dimensión (el cual existe, al igual que el demonio al que le vendí mi vida conyugal, pero no insistiré más con eso). Incluso bromeé sobre haber sido sustituido por uno de mis enemigos, el cual hizo un mejor trabajo que yo como héroe (aunque eso, tristemente, también es cierto). Pero nada de eso tiene que ver con mi decisión.

—Casi un año antes de haber «colgado las mallas» me encontraba investigando a los X-Men. Ya ves que con ellos uno nunca sabe, un día son defensores de la ley y al siguiente forajidos y prófugos. Además, con tantos grupos distintos es difícil saber si todos tienen la misma idea sobre lo que deben hacer. Por aquel entonces, el profesor Xavier estaba con un pequeño grupo de alumnos (¿no están bastante grandecitos como para seguir en la escuela?) y yo estaba disfrazado de vagabundo para pasar inadvertido y poder acercarme lo suficiente para descubrir sus intenciones. Quizá debí quitarme la máscara, creo que un sombrero viejo y una gabardina no sirvieron de mucho para que no me reconocieran. En fin, tras un breve enfrentamiento la superioridad numérica les ayudó a someterme (dije que eran pocos, pero yo estaba solo, dame chance).

—Me pusieron en la parte posterior de un camión abierto, con tobillos y muñecas encadenadas (podría jurar que eran de adamantium), y seguía sin conocer lo más mínimo de su plan. Creo que pretendían llevarme con ellos a algún lado y empezamos a avanzar por las oscuras calles de Far Rockaway (bastante lejos de Westchester, al parecer eran tiempos difíciles para todos); conmigo sólo estaban Colossus y su hermanita Ilyana (que inexplicablemente otra vez tenía 6 años) y yo no entendía nada de lo que decían por-

que estaban hablando en ruso. Cuando pasamos por un bache, aproveché el brinco para impulsarme y saltar fuera del vehículo (avanzábamos despacio, pero el golpe no fue menos duro). Piotr bajó del camión con un ligero salto y despreocupadamente me dio alcance mientras yo intentaba ponerme de pie. Me alzó como si fuera de papel y me plantó en el suelo. No sé qué tanto le dije, me puse a parlotear nerviosamente (nunca lo había visto tan de cerca, está muy grandote). Entre tanta palabrería le pedí que me dejara ir, que se hiciera de la vista gorda, que nadie más había notado mi ausencia, que ya se estaban alejando sus compañeros, que la pequeña Ilyana lo necesitaba a su lado. No sé si por su buena voluntad o por haberlo mareado, pero suspiró y se dio media vuelta. Mientras se alejaba, sólo dijo que la ciudad me necesitaba, que no la defraudara. Lo único que recuerdo con claridad fue mi respuesta, le grité: Sí, sí, ¡la próxima vez que venga Galactus le disparo una telaraña en el ojo! No le di importancia, tenía bastantes cosas de qué ocuparme: con decirte que tuve que irme a brincos hasta la cerrajería más cercana, esperar a que amaneciera y abrieran el local, convencer al encargado de ayudarme a romper las cadenas (que resulta no eran de adamantium, por suerte), dejarle en prenda uno de mis disparadores para ir a casa por dinero (siempre olvidé ponerle bolsillos a mi traje) y pagarle el triple para que me devolviera el disparador, podrías imaginarte que fue un típico día Spidey en que todo me sale mal.

—A los pocos meses, Galactus regresó a ver si la Tierra estaba en el menú. Pude haber seguido en lo mío, deteniendo a ladrones de bolsos en callejones, persiguiendo a mi enemigo en turno (Mysterio se había escapado de la cárcel esa semana) y siendo una amenaza en las páginas del Bugle, pero recordé lo que le dije a mi tocayo ruso y supe que tendría que cumplirlo. Ya sabes, todo eso de poder, responsabilidad y mi neurótico sentido de culpa. Me dirigí a la zona en Manhattan donde escuché que lo habían visto,

cerca de la 5a Avenida. Desde lejos podía verse la conmoción causada por un ejército de héroes que atacaba al devorador de planetas sin que este se inmutara, ni siquiera parecía notarlo.

—Como no se me ocurrió ninguna forma efectiva de enfrentarlo, opté por cumplir mi palabra literalmente. Trepé por un costado del Empire State hasta quedar a la altura de su cara. Había visto fotos de él, pero ninguna logra dar una idea de lo descomunal que es: su cabeza es tan grande como la mansión de los Avengers (y eso sin contar su casco, que se elevaba por varios metros más por encima del rascacielos). Muerto de miedo pero con el arrojo imprudente de siempre, salté hacia su máscara morada y subí hasta su ojo, que era tan alto como yo. Me paré en la orilla del antifaz, viendo la negrura de su retina: parecía estar conformada de un líquido espeso, más que ser de color negro parecía tener una ausencia de color, como si absorbiera la luz a su alrededor. Y en medio de ese monstruoso orbe, su alienígena pupila: una figura geométrica parecida al contorno de un cuadrado abierto por arriba, descrito por una gruesa línea blanca en forma de U. No sé cuánto tiempo pasé hipnotizado, perdido en ese insondable abismo nocturno, con el frío del cosmos recorriendo mi espina. Tampoco sé qué me hizo reaccionar, quizás el más básico instinto animal de supervivencia. Con ambas manos descargué mis disparadores, cubriendo la córnea (si es que tiene córnea) con mis telarañas. Sólo entonces tuvo una reacción. Su pupila inhumana se movió hacia mi. Si contemplar la oscuridad retinal fue malo, esto fue mucho peor. La línea inferior del cuadrado empezó a crecer, haciéndose más y más gruesa hasta que la pupila se volvió un cuadrado blanco que despedía luz. Mas no paró ahí, el resplandor del cuadro siguió creciendo, devorando la negrura que lo rodeaba hasta que todo el ojo era una fuente luminosa. Un rayo disolvió mis telarañas y me arrojó por los aires, haciéndome perder el conocimiento.

—No sé cómo llegué al suelo sin morir por la caída. Desperté en la calle, en medio del humo y los escombros, con mi traje hecho jirones y adolorido por todas partes. Galactus ya no estaba ahí, Reed Richards ya lo había mandado a otra dimensión con uno de sus inventos o algo así. Yo sólo me levanté y me fui caminando a casa, chocando con damnificados y rescatistas, sin importarme que mi máscara ya no ocultara mi identidad. Pasé la siguiente semana y media encerrado, sin ver a nadie ni recibir llamadas. La falta de alimento me obligó a salir. Intenté regresar a mi rutina, en mi trabajo aceptaron la excusa pues en Nueva York son habituales las complicaciones derivadas de ataques por megalómanos, monstruos gigantes o amenazas extraterrestres. Pero no funcionó. También me fue imposible volver a usar el traje del arácnido. En todo momento seguía viendo lo que pude presenciar cuando estuve envuelto por esa luz: que no podemos negarle a Galactus lo que le corresponde. Las veces que lo han detenido sólo sirven para retrasar lo inevitable, Él volverá y consumirá hasta la última vida en este planeta como si no fuéramos nada. Esa luz me reveló que Galactus existe desde antes del tiempo y seguirá aquí mucho tiempo después de haber acabado con nosotros. Me mostró las incontables civilizaciones con las cuales se ha alimentado, lo insignificantes que fueron, lo diminutos que somos. Me hizo conocer el verdadero aspecto del titán cósmico: piel cubierta de escamas moradas, alas correosas, fauces rodeadas por pseudópodos tentaculares...

Al finalizar esta frase, Peter se quedó en silencio por varios minutos, con la mirada ausente. No fue sino hasta que aclaré mi garganta que su atención regresó a la celda que ocupábamos.

—Pedí hablar contigo porque sé que ya viene. Lo veo en las estrellas, puedo sentirlo. Nuestros días están contados. Gracias por haberme escuchado, Ben. Ja, Ben. Como

mi tío. —Y fue lo último que dijo. Se dio la vuelta y siguió mirando el firmamento nocturno.

Tras conducir esta inusual entrevista, me puse a averiguar al respecto. Mis investigaciones me llevaron a descubrir un culto dedicado a preparar la llegada de Gah-Lac-Tul-Hu, quien sueña aun estando muerto desde su morada en la Zona Negativa. Mis artículos sobre dicha secta han sido rechazados por todos los diarios de la ciudad; mis denuncias sobre sacrificios humanos en rituales paganos han sido descartados por las autoridades. Recientemente he notado que estoy bajo constante vigilancia y siento que mi vida peligra. Escribo estas palabras para que sean resguardadas por un destinatario que permanecerá anónimo y sólo serán distribuidas electrónicamente en caso que no me reporte con él cada día. Rezo por estar equivocado y que este texto nunca sea visto por ojos humanos.

Cantar del infierno

Patricia Richmond

Partiste orgulloso una noche gris a cumplir con un destino obligado y prometí esperarte, guardando para ti mi corazón.

Pasé el tiempo esperando un regreso sin fecha que mortificaba mis noches tristes y prendía por el día la pena.

Pedí ayuda a los vientos y un cuervo trajo un eco subterráneo, latidos moribundos de penumbra sin amo.

Afilé bien la espada y el escudo bruñí, dispuesta a enfrentarme a ejércitos de fantasmas por ti.

Seguí el rastro agónico de tu estrella que, al descender por el desfiladero, se extinguió en la sombra que ocultaba la Puerta del Infierno.

Crucé un pórtico frío, el guardián de las penas recién amortajadas. Le hurté mi desconsuelo y lo mecí con ira despechada.

Al son de la bandera de mi rabia llegué frente a un batallón de arpías que torturaron mi terca razón hasta verme sin vida.

Tiritando en un pozo de agonía, sobre un eco de risas, te imaginé junto a mi, levantándome... Y curé mis heridas.

Alma sobrecogida, desfilando hacia mi última misión, descubrí en las tinieblas la Gruta de la Desesperación.